

## SOBRE EL ENUNCIADOR IMPLÍCITO EN AUGUSTO PONZIO

Las páginas en las que Augusto Ponzio ha comentado y desarrollado las teorías de autores como, por ejemplo, Peirce, Bajtín, Eisenstein, Pasolini, Levinas, Barthes, Schaff y Deleuze, me parecen dignas de elogio, y creo que se encuentran entre las mejores intervenciones disponibles sobre los argumentos concernidos. Este juicio se debe a varios motivos. Por una parte, a que esos trabajos de Ponzio parten de los aspectos pertinentes de dichas cuestiones, rara virtud, y a que los llevan a terrenos nuevamente significativos, cualidad aún más inaudita. En segundo lugar, a que esos trabajos son capaces de establecer relaciones, *a priori*, antes de leerlos, insospechadas – entre artículos, libros, autores, temas – y, *a posteriori*, después de haberlos leído, obvias, clarividentes, y, por ello mismo, iluminadoras y enriquecedoras para el lector. En tercer lugar, a que dichas páginas se presentan con absoluta humildad, como si, al contrario de lo que en realidad son, fuesen tan sólo didácticas glosas sobre las genialidades de otros, como si lo importante, en vez de radicar en la autoría de las propias ideas o del propio texto, consistiese en las ideas en sí mismas, únicamente en lo que el texto dice, y, más allá del texto, en sus consecuencias.

La mercadotecnia del ego no es, desde luego, una de las herramientas usadas por esos trabajos de Ponzio. Al contrario de lo hoy frecuente, esos trabajos no se dedican a etiquetar con terminología creativa sus conceptos, sus puntos de vista, su originalidad, a promocionar dicho vocabulario, a lanzar los productos y la marca-firma del ensayista, sino que, sencillamente, sin petulancia, van al grano, con seriedad, apasionamiento y discreción.

En el libro *Enunciazione e testo letterario* (Perugia, ed. Guerra, 2001), hay pronunciamientos teóricos y prácticos sobre los límites de conceptos o herramientas determinantes en el análisis semiótico, que afectan, en concreto, por ejemplo, (a) al enunciador implícito; (b) al texto y al contexto; y (c) al propio analista del texto.

El tratamiento de estos asuntos contiene tácitamente reveladores juicios sobre algunos hitos de la historia de las disciplinas del discurso durante el siglo XX, pero, si es capital, es, sobre todo, porque afecta a la práctica de la investigación semiótica del presente y del futuro, sea cual sea el nivel de complejidad y de refinamiento con el que sea propuesta. Las tres cuestiones mencionadas son interdependientes. El manual teórico-práctico, destinado a los profesores de italiano para extranjeros, pero interesante para cualquier semiótico, las atiende,

en efecto, de manera continua y correlativa. Sirvan estos párrafos que siguen de apostilla a la relectura afectuosa y personal de las páginas de Ponzio.

En principio, para nosotros, los límites del enunciador implícito en un discurso consisten en los del contexto pertinente del discurso o texto al que pertenece dicho enunciador. Los límites de la descripción del analista son los de su objeto, entendido éste como un objeto de valor construido por él de acuerdo con su metodología. Así, pues, la epistemología presupuesta en la metodología y en las herramientas utilizadas al transformar el objeto inicial o corpus en un objeto final, construido, explicado y comprendido, son las que marcan dichos límites.

¿Es así en los textos citados de Ponzio? ¿Puede ser un enunciador implícito realmente dialogante? ¿No es el texto que produce al enunciador implícito el instrumento del diálogo entre los sujetos del mundo natural? ¿Es compatible el concepto de enunciador implícito con una orientación teórica bajtiniana? ¿Qué podría significar que un enunciador implícito es dialógico? ¿Es el autor implícito en el discurso una estructura jerarquizante? ¿Es como un director general presupuesto por el recorrido generativo y dinámico de la significación que subyace en un discurso, en su discurso?

Formulamos estas preguntas a partir de las páginas mencionadas de Ponzio, y queremos buscar en ellas las respuestas, pero no deseamos plantear las preguntas como se hace en ellas, sino, de modo diverso, según pueden proponerse desde un marco epistemológico y metodológico de aspiración orgánica y totalizadora, como es el que va de Saussure a Greimas, pasando por Hjelmslev y Lévi-Strauss, y por tantos otros.

¿Subsume ese autor modelado implícitamente por un texto, fruto de dicho texto, la pluralidad de instancias subjetivas que, en distintos modos y grados, ese texto necesariamente despliega? ¿Es una polifonía orquestada por él, por el enunciador implícito, o por otro tipo de instancia discursiva, bicéfala o tricéfala? ¿O es una estructura caótica en el sentido de no intencionalmente jerarquizada? ¿Es un objeto lógico – lógico-discursivo, como diría Greimas, dia-lógico, como podría decir Ponzio a partir de M. Bajtín – o, más bien, aleatorio? ¿Es el enunciador implícito el efecto de una estructura intencional o el de una instancia textual inmotivada? ¿Habría que describir, sacando las consecuencias de algunas páginas del manual de Ponzio, un enunciador implícito en cada uno de los enunciados que componen el texto entendido como macrodiscurso?

Estos interrogantes se encuentran relacionados inevitablemente con el postulado fenomenológico, suscrito por el estructuralismo y por la semiótica estructural, del sentido como inevitable objeto de valor del hombre. Mi opinión, como se desprende del modo en que presento el problema, es que nosotros damos – y atribuimos – sentido a nuestros actos – y a

los de los demás – con su orientación. Ello afecta, ciertamente, a los actos discursivos y, por lo tanto, a los enunciados.

Sin prejuzgar el grado de coherencia, conclusividad, ambigüedad, certeza, constancia, etc., del emisor intradiscursivo implicado por un texto concreto – juicio que depende de cómo sea ese texto, de la estructura dinámica de ese texto concreto –, su intencionalidad la suele personificar el analista semiótico, o, al menos, quien esto escribe, en dicha entidad metodológica, en ese enunciador implícito. Es una instancia intradiscursiva implícita, que cumple el papel de emisor del discurso, pero dentro del discurso. El discurso tiene una significación – por más dialéctica o polifónica que sea esa significación –, y dicha significación el análisis semiótico (el análisis semiótico estructural, dinámico y pragmático) la encataliza al describirla, es decir, la desimplicita y, al final, se la atribuye a esa figura discursiva – inmanente – del enunciador implícito, a quien convierte así, como efecto, *a posteriori*, en su fuente. El enunciador implícito no es, pues, más que el resultado de la consideración de la significación del discurso como una intencionalidad – una intencionalidad estrictamente discursiva, articulada activamente en el discurso analizado –, una intencionalidad cuyo origen se antropomorfiza en esa figura narrativo-temática (que sin embargo, no puede figurativizarse en su propio enunciado).

Es una forma narrativa porque su naturaleza consiste en un hacer: el hacer enunciativo implícito, que es un hacer hacer, un manipulación dirigida al enunciatario implícito. Y es una forma temática porque enunciar es también un valor semántico, considerable en un nivel abstracto, no-figurativo. Lo mismo puede decirse de implícito como rasgo temático.

El diálogo es diálogo de subjetividades, sean éstas las de las personas del mundo natural que se intercambian discursos, sean éstas las representadas en el interior de la historia-argumento de un discurso, o sean éstas las que implica cada discurso – cuya subjetividad se personifica en su enunciador implícito –, en la medida en que cada discurso interacciona con los demás discursos. El hecho de que cada subjetividad sea también el fruto de las subjetividades con las que sucesiva y simultáneamente se confronta, no impide que su naturaleza semiótica sea la de una instancia orgánica, estructurada dinámicamente en sus acciones.

Bastantes de las posiciones de Ponzio en este libro se cimentan en el libro de M. Bakhtine y V. Volochinov, *Marxismo y filosofía del lenguaje*, que es de 1929. Ponzio se ha ocupado largamente de este libro y de todo Bakhtine. La prevención contra la lingüística de la frase, contra la señal como opuesta al signo, y contra la dicotomía lengua / habla parecen nacer en él. También la defensa de una lingüística de la enunciación, de la interacción, del dialogismo, de lo social en el lenguaje, del pre-pragmatismo semiótico, de los géneros

discursivos (no sólo de los literarios). Otras ideas se relacionan también con Bajtín, aunque a partir de otros libros. Por ejemplo Bajtín habla de la recepción de la literatura como “comprensión respondedora de acción retardada” (lo cita el mismo Ponzio en la p. 29). El Interpretante de Comprensión Respondedora es una mezcla de la Comprensión Respondedora de Bajtín con el Interpretante de Peirce. Quizá es una buena muestra, por muy significativa o representativa, de los fundamentos del libro de Ponzio: Bajtín más Peirce. Peirce, y su lector U. Eco, están también muy presentes también por la importancia de la semiosis infinita.

Un eje ulterior de las posiciones de *Enunciazione e testo* es lo que algunos llaman el Barthes desconstruccionista. Esos textos de Barthes son más bien el reflejo de una voluntad progresiva de cambiar del terreno del análisis al de la creación, y, el de un paso intermedio en sus ensayos: el acercamiento a la recepción, sobre todo a la recepción transgresiva, y ya no al texto en sí.

Me parece que este tratado de Ponzio es cercano a los escritos de Jean Peytard, a su semiótica diferencial, heredera igualmente de los textos de Bajtín. Que yo sepa, ni Ponzio ni J. Peytard se han citado nunca en sus trabajos. Tal vez sería interesante confrontar paralelismos y divergencias entre la evolución de Ponzio y la de J. Peytard a partir de su formación, en parte, común. Por ejemplo, Peytard, quizá más saussureano, o quizá menos abierto a fuentes filosóficas, concede especial importancia a la variación y a la alteración en la construcción del sentido. Para él, la literariedad, en sentido restringido es un “efecto de la recepción”, “un espacio transferencial y transicional” y de “investidura del sujeto”. Partiendo de la polifonía de Bajtín, sostiene la “heterogeneidad y la ambigüedad constitutiva” de esa literariedad, y se interesa especialmente por las “mises en scène [en el discurso literario] de la communication”. Llega así a la “énonciation décentrée » y al “contexte démultiplié” de la obra literaria. Estos conceptos de clara raíz bajtiniana son muy similares a los que se utilizan en *Enunciazione e testo* para concebir y analizar algunos fragmentos de Dante, Leopardi, Manzoni, Svevo, Pirandello y Morante. El hecho de que este vocabulario casi común no nos sorprenda en absoluto es una muestra de la acentuada penetración de las vías comprensivas abiertas por el intelectual ruso, y continuadas por Ponzio.

Sería interesante volver a estudiar el modo en el que Bajtín habla de la recepción, de la representada o implícita en el discurso y de la real, para observar cómo Ponzio lo refleja en *La rivoluzione bachtiniana*, y cómo finalmente ello se transforma en *Enunciazione e testo* en un interés acentuado por la recepción real, y en la opción de conceder, puntualmente, menos atención a la representada (la del narratario, p.ej.) y a la implícita (la del enunciatario implícito, p. ej.).

A la vista de la heteróclita fundamentación semiológica y filosófica de *Enunciazione e testo* – semiótica de Peirce, teoría literaria de Bajtín, filosofía del lenguaje, semiótica central de Barthes, pero, sobre todo, sus ensayos últimos, Lévinas, Blanchot –, cabe preguntarse si el uso de la terminología puede presentar dificultades de congruencia. La terminología de inspiración peirceana de las definiciones de los tres primeros capítulos resulta incómoda para las personas de formación semiótica europea. ¿Es del todo compatible con la epistemología, la metodología y la teoría descriptiva de Bajtín? El libro puede parecer, paradójicamente, poco fenomenológico y un tanto cognitivista. Y todo ello aunque considere repetidamente las cosas como signos; y los signos, como cosas. Para un semántico-estructural, no es que la teoría resulte a veces referencialista (*vid.* la p. 12: “Chiamiamo l’oggetto che riceve il significato *interpretato*, e quello che conferisce significato *interpretante*. I segni che sono gli uni interpretanti degli altri costituiscono un *percorso interpretativo*.”), sino que su reluctancia a entrar o a referirse a los mecanismos retórico-semióticos del plano del contenido del discurso, es decir, a utilizar una metodología descriptiva, provoca sorpresa. El propio manual aborda explícitamente la cuestión cuando se refiere a la inconveniencia de concentrarse en la tecnología del análisis. Volveremos sobre ello.

Las reprobaciones de Ponzio a la oposición de N. Chomsky entre estructuras superficiales y profundas surgen, probablemente, del mismo rechazo de la formalización. Para Ponzio, no existen esos dos planos. Interpretado e interpretante se encuentran en el mismo plano, afirma. En realidad, Chomsky trata sólo de la lógica de la sintaxis lingüística. Ese tipo de oposición combatida en *Enunciazione e testo* ha sido sin embargo, reiteradamente utilizada por todo el estructuralismo, por K. Marx – las estructuras profundas de la sociedad –, por S. Freud – las estructuras profundas de la personalidad –, etc. Se ha consolidado por su eficacia como una oposición básica de cualquier análisis. Viene de la fenomenología, de su aliento o del espíritu científico post-positivista de Marx, Freud, V. Propp, etc. Quizá, como el texto de Ponzio parece a ratos muy imbuido del positivismo peirciano, no sea proclive a apreciarla bien. La cuestión no es baladí: si el metadiscurso se encuentra en el mismo nivel que el discurso analizado, la descripción científica de un fenómeno acaba convertida en su paráfrasis o en su glosa.

¿Estamos hablando del eterno retorno del comentario creativo? Indudablemente, “la muerte del autor” ha conducido a la del autor implícito, éste a la del enunciado por sí mismo, y éste, a su vez, como era lógico, al declive de la esquematización en las ciencias humanas y al renacer del ensayismo. En efecto, a mi entender, “la muerte del autor” (teorizada o propugnada por Barthes y por todos los que le siguieron) y el nacimiento consiguiente del interés por el lector y por la intertextualidad (un efecto tratado por A. Compagnon y por

otros), pero provocaron también el funeral del interés por el texto, entendido éste como una estructura dinámica inmanente (intersemióticamente abierta, e inmanentemente dependiente de la cultura, del universo semántico, del épistémé, de la “enciclopedia”), una estructura de la se debía dar cuenta con rigor científico. Sepultado el texto, es consecuente la vuelta al festival de la escritura académica en la que vale casi todo. La actual reconversión del análisis riguroso en puro comentario libre es un gigante real – no un molino de viento –, un gigante renacido, contra el que ya había luchado tiempo atrás, en los años sesenta, el estructuralismo semiótico.

En esas disputas, numerosos textos de Ponzio, tanto originales como traducidos, han terciado a favor de la solidez en el trabajo letrístico, y no es precisamente su autor alguien que necesite demostrar ninguna sobrevenida preocupación por la consistencia del método y de su aplicación. Con todo, la vertiente ético-filosófica de *Enunciazione e testo*, y la de otra buena parte de la bibliografía de su autor, podrían erróneamente hacer creer a quien leyese esta obra apresuradamente que es una apuesta simple, sin fundamento semiótico, en contra de la claridad y de la distinción en el análisis, por más que bienintencionada desde un punto de vista ético. Sería una apreciación rotundamente equivocada, muy injusta con el trabajo que aquí estudiamos.

Al final del cap. 2 (pp. 44-45), el texto cita un precioso fragmento de Barthes en el que éste contrapone el trabajo inflexible del análisis, y las formas básicas que describe, necesariamente limitadas, con la libertad infinita de la lectura. Observa Barthes que las estructuras descritas por la semiótica no pueden – y, nos permitimos añadir, no deben – encorsetar la energía libre de la lectura. Precisamente por esa variabilidad que caracteriza a su objeto, la semiótica de la lectura es imposible, concluye Barthes. En ciertos momentos sin embargo, el manual de Ponzio, acaso sin ser consciente de ello, desearía hacerla posible.

En realidad, no es sólo que cada lectura de un mismo texto sea siempre distinta, sino que no hay manera de conocerla, porque no existe ni parece que pueda existir un discurso que la fije. Si alguien habla o escribe o dibuja sobre su lectura, produce un enunciado que, forzosamente es distinto del fenómeno interior (aunque no sólo) vivido mientras leía la obra. Medir la evolución de las reacciones fisiológicas y neurológicas de un sujeto durante una lectura produce un tipo de texto físico-químico, en un primer nivel, y médico, en un segundo nivel, ajeno, en principio, a los medios de las ciencias humanas, inadecuado para ellas, salvo, quizá, para la que algunos llaman psicología social. Para un semiótico atento a la dinámica de las figuras del plano del contenido de un fenómeno, realizar el estudio de una lectura concreta individual reduciéndola a un corpus esencialmente cuantitativo, no parece muy factible, al menos, hoy por hoy.

Los enunciados están relacionados siempre, al menos, con un enunciador efectivo y con un enunciatario efectivo, los sujetos destinador y destinatario de la enunciación, el emisor y el receptor (extradiscursivos) de la comunicación (de K. Bühler y de R. Jakobson), unidos por el mensaje-discurso que el primero produce para el segundo. Un objeto discursivo – el enunciado – media entre sujetos extradiscursivos. Si pasamos al interior del enunciado, las instancias intradiscursivas directamente relacionadas con la producción o la recepción del enunciado, según el propio enunciado, son de dos tipos, las manifestables en el enunciado – como el narrador (el yo-ahora-aquí del enunciado) y el narratario (el tú-ahora-o-después-cuando-leas-u-oigas-esto-aquí-o-allí-en-donde-lo-leas-u-oigas), si se trata de un enunciado verbal – y las no manifestables en él – como el enunciador y el enunciatario implícitos. Otra instancia intradiscursiva necesaria, de tipo subjetivo, relacionada directamente con la discursividad, de tipo narratológico – igual en eso que el narrador y el narratario – y también manifestable es el apreciador (de lo verbal), que es el tipo de sujeto al que el enunciado (a través del narrador) le hace responsable del contenido de la predicación, pero no responsable como discursivador del enunciado en cuestión (esa es la función del narrador), sino como fuente del contenido de esa predicación en tanto sujeto de otro discurso: de un discurso verbal, de un sueño, de un recuerdo, de un pensamiento, etc., discurso, sueño, recuerdo, pensamiento, etc., otro discurso que el discursivador del enunciado es, sin embargo, quien convierte ahora en palabras en este enunciado: “María dijo que vendría”, “María soñó que se encontraba en la habitación”, “María recordó que su padre leía siempre aquel periódico”, “María pensó que sería mejor salir a dar un paseo”. Hay, por supuesto, discursivadores y discursivarios de lo visual y del sonido; y hay apreciadores en lo visual y en lo sonoro.

Además de las instancias intradiscursivas mencionadas, existen otras – también intradiscursivas – relacionadas indirectamente con la producción del discurso: son instancias subjetivas, distintas de las mencionadas, a las que puede remitir la elocutividad, en la medida en que determinados juegos de palabras o determinados estilos provienen singularmente de ellas, y en la medida en la que el enunciado – indirecta o implícitamente – lo hace saber; e instancias subjetivas a las que pueden señalar determinadas figuras figurativas (sic) o temáticas en la medida en que el enunciado indique de algún modo, indirecto o implícito, que dichas figuras aluden en él a dichas instancias subjetivas y provienen de ellas. Es decir, no me estoy refiriendo a un origen abstracto de las figuras elocutivas o figurativas y temáticas en el universo semántico, en la cultura a la que pertenece el discurso, sino a un origen concreto de dichas figuras en sujetos concretos, individuales o no, de dicho universo, un origen indicado, indirecta o implícitamente, por el enunciador implícito a su enunciatario implícito.

Si la referencia es indirecta, se trata de alusiones simples, elípticas. Si la referencia es implícita, se trata de alusiones que se construyen (discursivamente) en el contexto pertinente implícito e inmanente en el discurso. Muchas de estas alusiones son obvias para el analista o para el destinatario de su análisis, si ambos pertenecen a la misma cultura que el enunciatario implícito en el discurso: no será necesario normalmente que el analista las explicite. Sin embargo, si la cultura de uno de los dos no es exactamente la misma que la del enunciatario implícito en el discurso, resultará conveniente que el analista, una vez haya conseguido encatalizarlas, las explicite.

Además de las subjetividades intradiscursivas relacionadas directa o indirectamente con la producción de la discursividad, hay otras figuras intradiscursivas, como las narrativas, que, sin estar relacionadas con la producción de la discursividad, son sujetos (discursivos) de los estados y acciones que el enunciado representa. Me refiero a los actores y actantes narrativos, y a sus papeles actanciales. También ellos sirven para construir las subjetividades del enunciado y también ellos son, a la vez, causa y efecto de la enunciación y la recepción implícitas.

En definitiva: la autonomía, la objetividad y la alteridad del enunciado con respecto a su enunciadador efectivo y con respecto a sus enunciatarios efectivos, valores a los que se refiere el tratado de Ponzio, no son ni más ni menos que la autonomía, la objetividad y la alteridad de su enunciadador y su enunciatario implícitos. Si el objetivo es analizar dichos valores en un enunciado, el camino – el instrumento – es describir cómo se construyen dichas instancias en él. Si el objetivo es responder personal, crítica y creativamente al enunciado, el camino – el instrumento – es contestar a su enunciadador implícito separándonos de su enunciatario implícito.

José María Nadal ha estudiado Filología Ispanica nell'Università di Saragozza. Ha approfondito i suoi studi in teoria letteraria, nell'Università di Deusto (Bilbao) e nell'Università Laval (Québec), con Ignacio Soldevila; e in semiotica, nella École des Hautes Études en Sciences Sociales (Paris), con Gérard Genette y con A.J. Greimas. Successivamente ha frequentato e partecipato per diversi anni ai seminari di semiotica generale di Greimas, che ha continuato J. Fontanille.

J.M. Nadal è stato professore associato (1979) e ordinario (1981) di Liceo a Saragozza, Ondárroa e Bilbao. Dal 1987 insegna semiotica nell'Università dei Paesi Baschi, a Bilbao.

Ha fondato l'Associazione Vasca di Semiotica, e ha partecipato alla fondazione della Associazione Spagnola. Ha organizzato numerosi congressi internazionali di semiotica.

Ha tradotto articoli scientifici francesi e italiani in spagnolo.

Ha dato conferenze, fatto ricerche e scritto articoli sulla semiotica generale, la narratologia, e la persuasione pubblicitaria e politica.